

"Animas de día claro"

Una brizna de recuerdo infantil, que ha resistido la torera berradora del tiempo, me autoriza a pensar que yo conocí en persona a las ánimas de día claro, convertidas en personajes de carne y hueso por Siercking. La familia de mi padre era de Talagante, y había un sinnúmero de tíos, en tercero y cuarto grado de parentesco, sumamente salterus y de una vejezudad perosa, que campaban con esmero en tareas de ayudar o conservar las tradiciones y supersticiones locales. Las creencias en apuntesitos y otras hierbas han formado parte del ucrreo Cultural talagantino, desde mucho antes de la llegada de los españoles blindados, y hoy que cuidarlos. Escuché más de una vez el canto anímico del chunchu, oculto entre las ramas de una huaituta, junto a una pírca de piedra. Conocí versiones pusmosas sobre la crueldad de La Quintrala. Oí a mis tíos, tan flacos y rozanderos, tan buenos para el cuchicheo y el quejido, recordar los tiempos del cólera, de la caída del puente grande y del enganche de huasos para la guerra. Y uno de ellos me hizo confidencias sobre los aquelarres de brujos y, naturalmente, acerca de las ánimas en pena, a las cuales les gusta el clima de Talagante y allí se quedan, esperando un destino definitivo. Aprendí, por ejemplo, que el mejor delante de brujos se confecciona con dos palitos de palqui que forman una cruz, más un puñado de sal, en el umbral de la casa.

Con estos recuerdos, la obra de Siercking, presentado con tanta dignidad y aplomo por los actores del Teatro Curacal, en el Aula Magna de la Universidad Católica, me sirvió a postre primorosa. Y me gratificó con largueza, con emociones hondas y frescas. Brisaleta Herrera,

zu (la Bertina) y a Arnoldo Weber (el Eulogio) les encomendaron papeles difíciles. Ellas le dieron el ritmo a la representación, y supieron llegar, con gracia y expresivo lenguaje corporal, unas segunditas que parecían minutos. Bien, entonces, por su desenvoltura, su voz y su sentido del límite, en evidencia en los instantes en que podía caerse en la sobreactuación.

Las viejas, la Vicenta, la Floridiana, la Orfilia y la Zelaira, con su docilidad frente al vino compartido y su dulce pasar domesticado, se hicieron, emulándose unas a otras. Aplausos, entonces, para Lucy Neira, Norma Gómez, Cocilia Zopola y Elisabetta Lozano, Rodrigo Salazar (el Nuno) y Nelson Olave (el Indulcino), un poquito tiesos y más añejados que rurales, discretos y en buena cuenta.

Lindo trabajo el de Berta Quintero y de las encargadas del decorado, el vestuario y la luz. Gracias.

Sin embargo, pienso que mi tía Teófilo o tal vez la Teodolinda o la Teresita, que era una vieja crítica y lengua larga, habría enjuiciado el juego teatral. Se me ocurre que habría reparado en el mucho parecido entre las viejas de la escena, tan agochaditas, dulces y europeas. Porque las viejas talagantinas son orgullosas, erguidas y secas como polos de ojo, a veces dulces como el arropo y a veces agrias como el limón verde, pero siempre enhiestas y dignas, sin agacharse ante la gente ni la vida, con una sola excepción, el señor Curro y el Santísimo en los días de procesión callejera. Y no valía la pena discutir con ellas, porque también eran ánimas que pendaban de día claro.

La temporada de teatro pueris- ta que ha patrocinado el diario El

Animas de día claro" [artículo] Quintín Quintas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quintas, Quintín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Animas de día claro" [artículo] Quintín Quintas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile